



DELIBERACION DE LOS PRIMEROS PADRES

1 5 3 9

Este documento describe el proceso de discernimiento seguido por los fundadores de la Compañía de Jesús. En él se inspiran los actuales métodos de discernimiento comunitario. Reproducción de la traducción del latín publicada en "Cartas de San Ignacio", T.I, Madrid, 1874.

1. La cuaresma pasada [1539], como instase el tiempo en que convenia dividirnos y separarnos unos de otros (lo cual también esperábamos con sumos deseos para llegar cuanto antes al fin que teníamos ideado y establecido, y con vehemencia deseado), resolvimos tener juntas entre nosotros por muchos días antes de la separación, y tratar de esta nuestra vocación y forma de vivir. Lo cual como hubiésemos hecho muchas veces, y unos de nosotros fuésemos franceses, otros españoles, otros saboyardos y otros cántabros, teníamos acerca de este nuestro estado variedad de sentencias y opiniones, si bien todos con una misma intención y voluntad de buscar la beneplácita y perfecta voluntad de Dios, según el blanco de nuestra vocación. Pero en cuanto a los medios más expedientes y fructuosos, tanto a nosotros cuanto a los demás prójimos nuestros, había alguna pluralidad de sentencias. Y a ninguno debe causar admiración que entre flacos y frágiles interviniere esta pluralidad de opiniones, pues los mismos apóstoles, príncipes y columnas de la santísima Iglesia, y otros muy muchos varones perfectísimos (a los cuales nosotros somos indignos de ser comparados aun de lejos), tuvieron tal vez entre sí diverso y aun adverso sentir, y nos dejaron en escrito sus sentencias contrarias. Pues como también nosotros juzgásemos variamente, y anduviésemos solícitos y desvelados por hallar alguna

vereda muy llana por donde caminando ofrecernos totalmente en holocausto a nuestro Dios, a cuya alabanza, honor y gloria cediesen todas nuestras cosas; decretamos por último, y establecimos, por sentencia conforme, instar con mayor fervor de lo acostumbrado a la oración, sacrificios y meditaciones; y después de aplicada de nuestra parte alguna diligencia, echar en lo demás nuestro pensamiento a los pies del Señor, esperando en El, como tan bueno y liberal, que así como no niega el buen espíritu a ninguno que se le pide en humildad y simplicidad de corazón (años les da a todos con abundancia sin impropiedad alguno), tampoco nos faltaría, sino que nos asistiría, por su benignidad, con abundancia mayor que lo que pedimos o entendemos.

2. Comenzamos, pues, a emplear nuestros conatos humanos, y a proponer entre nosotros algunas dudas dignas de diligente y madura consideración y providencia, en las cuales solíamos pensar y meditar entre día, investigándolas también por medio de la oración; y de noche proponía cada uno a los demás lo que había juzgado ser mejor y más expediente, para que todos abrazasen uniformes la sentencia más verdadera, examinada y aprobada por el mayor número de votos, y por las razones más eficaces.

3. La primera noche en que nos juntamos, se propuso esta duda: ¿el sería más

expediente, pues habíamos ofrecido y dedicado nuestras personas y vidas a Cristo Nuestro Señor y a su verdadero y legítimo Vicario sobre la tierra, que él disponga de nosotros, y nos envíe a donde más juzgase que podemos fructificar, ya sean indios, ya herejes, ya cualesquiera fieles o infieles? ¿O si sería más expediente que estuviésemos de tal suerte unidos entre nosotros y coligados en un cuerpo, que ninguna división de cuerpos, por grande que fuese, nos separase? ¿O si quizás no convendría esto?. Lo cual, para que se haga manifiesto por un ejemplo: He aquí que ahora el Sumo Pontífice envía a 2 de nosotros a la ciudad de Siena. Pregunto: ¿Debemos quedar los demás con cuidado de los que allá fueren, o llevarle ellos de nosotros y mantener inteligencia mutua? ¿O no hemos de cuidar más de ellos que de los otros que están fuera de la Compañía? Definimos, finalmente, la parte afirmativa: de unirnos y congregarnos recíprocamente, aunque somos tan flacos y nacidos en tan diversas regiones y costumbres, no debíamos deshacer la unión y congregación que Dios había hecho, sino antes confirmarla y establecerla más, reduciéndonos a un cuerpo, teniendo cuidado unos de otros, y manteniendo inteligencia para el mayor fruto de las almas. Pues también la misma virtud unida tiene mayor vigor y fortaleza para ejecutar cualesquiera empresas arduas, que si estuviese dividida en muchas partes. Mas todas las cosas que ya se han dicho, y que se dirán después, queremos que se entiendan de tal suerte, que nada afirmemos por nuestro capricho y propio espíritu, sino solamente lo que el Señor inspirare (sea lo que fuese), y confirmare y aprobaré la Silla Apostólica.

4. Decidida y resuelta esta primera duda, se llegó a otra, digna de no menor consideración y providencia. Es a saber, si después que todos habíamos hecho voto de castidad perpetua y voto de pobreza en manos del Reverendísimo Legado de su Santidad, cuan-

do estábamos en Venecia, si sería expediente, digo, hacer otro tercer voto, de obedecer a alguno de nosotros, para que con mayor sinceridad, alabanza y mérito, pudiésemos en todo y por todo hacer la voluntad de Dios N. S. y juntamente la libre voluntad y precepto de Su Santidad, a quien gustosísimamente habíamos ofrecido todas nuestras cosas, la voluntad, el entendimiento, el poder y la hacienda.

5. Para solución de esta duda, como nos diésemos por muchos días a la oración, y la confiriésemos sin que nada ocurriese que llenase nuestros ánimos, esperando en el Señor, comenzamos a pensar entre nosotros algunos medios para mejor desatarla. Fue el primero: ¿Si convendría retirarnos todos a algún desierto, y estarnos en él por 30 ó 40 días, empleándonos en meditación, ayunos y penitencias, para que el Señor oyera nuestros deseos, y se dignara imprimir en nuestras mentes la solución? ¿O si irían 3 ó 4 allá, en nombre de todos, para el mismo efecto? ¿O sí, en caso de que ninguno hubiesen de ir al desierto, quedándonos dentro de Roma, aplicaríamos la mitad del día a este nuestro negocio principal, para que tuviésemos mayor y más cómodo lugar de meditar, pensar y orar, y el resto del día gastaríamos en nuestros acostumbrados ejercicios de predicar y de oír confesiones?

6. Ventiladas y examinadas estas cosas, establecimos por último, quedarnos todos en Roma, particularmente por 2 motivos. El primero: porque no hubiese rumor ni escándalo en la ciudad y en el pueblo, que pensaría y juzgaría (por la común inclinación de los hombres a juzgar temerariamente), o que habíamos hecho fuga, o que maquinábamos alguna novedad, o que éramos poco firmes y constantes en lo que una vez habíamos comenzado. El segundo: porque no se malograra, en el tiempo de nuestra ausencia, el fruto grande que entonces veíamos conseguirse en las confesiones y sermones, y en

los otros espirituales ejercicios, tan grande, que si fuésemos cuatro veces más de los que éramos, no podríamos, como ni ahora, satisfacer a todos.

Le segundo que comenzamos a conferir para hallar camino a la resolución, fue proponer a todos y a cada uno las 3 preparaciones del ánimo siguientes. La primera: Que cada cual de tal modo se preparase, y de tal suerte se diese a la oración, meditación y sacrificios, que procurase conseguir el gozo y paz en el Espíritu Santo acerca de la obediencia, y tener cuanto fuese de su parte más inclinada la voluntad a obedecer que a mandar, donde se hubiese de seguir igual gloria y alabanza de su Majestad. La segunda: Que ninguno de los compañeros hablase de este punto con otro, o le pidiese razones, para que por ninguna persuasión ajena fuese atraído o inclinado más a obedecer que a no obedecer, o al contrario, sino que cada uno inquiriese lo que pudiese alcanzar de la oración y meditación como más expediente.

La tercera: Que cada cual se imaginase como extraño de esta nuestra Congregación, y en que nunca esperaría ser recibido, porque en esta consideración no se dejase llevar de aficiones algunas para más opinar y juzgar el uno de los extremos, sino, como si fuese extraño, profríese con libertad su sentir acerca del propósito de obedecer o no obedecer; y por último, confirmase y aprobase con su juicio aquella parte, por medio de la cual creyese haber de resultar mayor servicio de Dios, y haber de permanecer más segura la conservación de la Compañía.

7. Con estas previas disposiciones del ánimo, ordenamos que el día siguiente nos juntásemos todos, preparados para decir cada uno los inconvenientes que pudiese haber contra la obediencia, las razones que ocurrieran, y las que cada uno de nosotros había hallado a solas, pensando, meditando,

y orando. Y cada cual por su orden decía lo que había discurrido. Por ejemplo, decía uno: Parece que este nombre de religión u obediencia no está tan bien opinado en el pueblo cristiano, por los deméritos y pecados nuestros, como debiera. Otro decía: Si queremos vivir debajo de obediencia, quizás nos forzará el Sumo Pontífice a vivir debajo de otra regla ya hecha y establecida, de que provendría que, como no tendríamos la oportunidad y lugar de trabajar en la salud de las almas como hasta aquí (cuidado único nuestro después de la propia salvación), se frustrarían todos nuestros deseos, que (a nuestro parecer) son agradables a Dios N. S. Decía otro: Si damos la obediencia a alguno, no entrarán tantos en nuestra Congregación para trabajar fielmente en la viña del Señor, en la cual, siendo tan grande la mies, se hallan todavía pocos operarios verdaderos; y por la flaqueza y fragilidad humana, son más los que buscan sus conveniencias y propia voluntad, que la de Jesucristo y una entera abnegación de sí. Y a este modo iban hablando los demás, refiriendo los inconvenientes que ocurrían contra la obediencia.

En el día inmediato siguiente discurríamos en contrario, proponiendo las utilidades y frutos de la misma obediencia que cada uno había sacado de la oración y meditación; y cada cual por su orden profería lo que había meditado, ya deduciendo al imposible, ya tratando llana y afirmativamente. Por ejemplo, uno deducía la materia al absurdo e imposible, de este modo: Si esta nuestra Congregación, sin el suave yugo de la obediencia, hubiera de cuidar de las cosas agiles, ninguno tendría exactamente este cuidado, porque cada cual echaría la carga al otro, como lo hemos experimentado muchas veces. Más, si esta Congregación estuviera sin obediencia, no podría permanecer y perseverar largo tiempo: lo cual repugna contra nuestra primera intención, de conservar perpetuamente nuestra Compañía. Y como ninguna Congregación se conserva con otra co-

sa más que con la obediencia, parece sernos necesaria, principalmente a nosotros que hemos hecho voto de perpetua pobreza, y andamos en continuos trabajos, tanto espirituales como temporales, en que la sociedad se conserva menos. Otro afirmativamente decía así: La obediencia produce actos y virtudes heroicas y continuas. Porque el que vive en verdadera obediencia, está prontísimo a ejecutar cuantas cosas se le mandan, ya sea difficilísimas, ya de las que ocasionan confusión, risa y espectáculo del mundo. Por ejemplo: si me mandasen a mí que anduviese desnudo, o vestido con extravagante traje por las calles y plazas (lo cual aunque nunca se mande, cada uno está pronto de su parte a ejecutarlo, negando el propio juicio y toda su voluntad), siempre estaría en actos heroicos y que acrecientan el mérito. Más, nada postra a toda soberbia y arrogancia como la obediencia. Porque la soberbia se engríe para seguir al propio juicio y a la propia voluntad; a nadie cede, y anda en grandezas y maravillas sobre sí misma. Pero el empeño de la obediencia es diametralmente contrario, porque siempre sigue al juicio ajeno, a la humildad, que es enemiga de la soberbia. Y aunque nosotros hemos dado toda la obediencia, así en general como en particular, al Sumo Pontífice y Pastor, todavía, en cuanto a nuestras cosas particulares y contingentes (que son sin número),

ni podría, ni aunque pudiera, sería decente encargarse de ellas.

8. Pasados, pues, muchos días en que por una y por otra parte ventilamos largamente acerca de la solución de la duda, pesando y examinando las razones de mayor momento y eficacia; vacando a los ejercicios acostumbrados de la oración, meditación y consideración; favorecidos, finalmente, del auxilio divino, concluimos (no por pluralidad de votos, sino por total concordia de dictámenes) sernos más expediente y necesario dar obediencia a alguno de nosotros, para mayor y más exactamente poder ejecutar nuestros primeros deseos de cumplir en todo la voluntad divina, para más seguramente conservar la Compañía, y en fin, para poder dar decente providencia a los negocios particulares ocurridos, así espirituales como temporales.

9. Y observando este mismo orden de investigar y proceder en las demás cosas (siempre examinándolas por una y por otra parte), nos detuvimos en esto y en lo demás por casi 3 meses, desde la mediada Cuaresma hasta todo el día de San Juan Bautista en el cual se acabaron todas de establecer suavemente, y de consentimiento concorde de los ánimos, no sin graves desvelos y oraciones, y trabajos de alma y cuerpo, que precedieron a la definición y deliberación.

